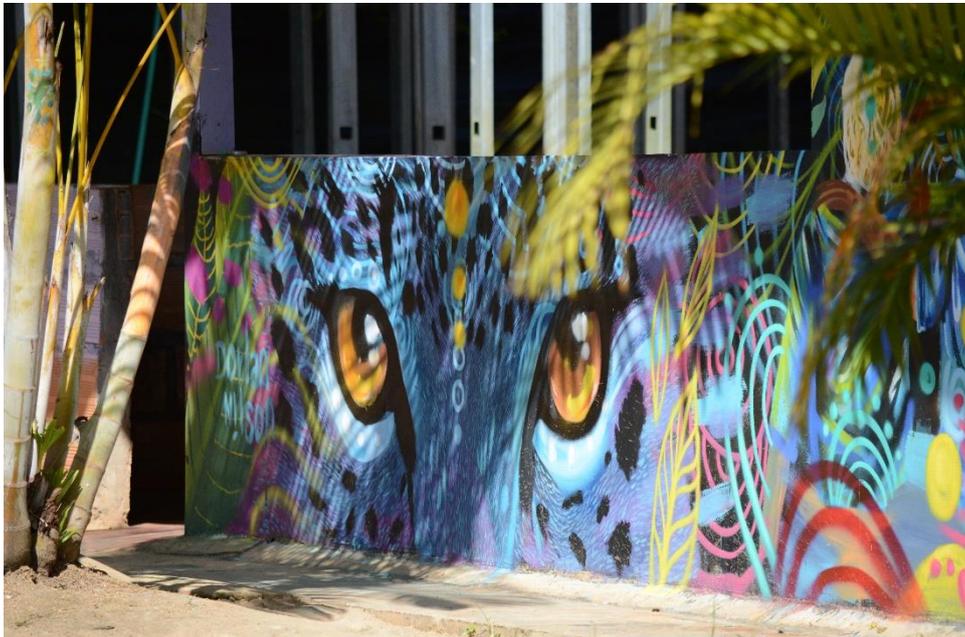


Mirando el valle: crónica de un viaje a la esperanza

Por: Juliana Malagón
Comunicaciones ForumCiv
Oficina Regional América Latina y el Caribe

Como parte del equipo implementador de proyectos de ForumCiv, la autora de esta crónica comparte su experiencia de viaje al ETCR de Miravalle, en la región de El Pato, Caquetá.

Miravalle es una vereda del municipio de San Vicente del Caguán que hace honor a su nombre. Entre las montañas de la cuenca del río Pato y luego de horas de un recorrido en trocha, a lo lejos y sobre una montaña se ve el poblado conformado por ex combatientes de las FARC.



Cuando describimos a Colombia solemos destacar sus hermosos paisajes y su inmensa diversidad, pero a pesar de tener presente la riqueza natural existente en nuestro país, al recorrerlo nos damos cuenta de que el territorio es mucho más extenso de lo que solemos imaginar. Adentrándose a las montañas hay mucho más que árboles, hay caminos que llevan a lugares que parecen remotos. Me di cuenta de esto cuando viajé al Caquetá.

Históricamente el Pato y muchas otras zonas rurales del Caquetá se han mantenido en el olvido por parte del Estado; territorios ocupados por las FARC y otros grupos al margen de la ley, cuya tensión con un Estado presente casi que exclusivamente a través de tropas del ejército, los convirtieron en "zona roja". Tras la firma del Acuerdo de Paz en el 2016, Miravalle se convirtió en un lugar de concentración y asentamiento de excombatientes, hoy conocidos como Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR). La vereda de Miravalle está localizada a unas tres horas del casco urbano de San Vicente del Caguán, siendo su principal fuente económica los productos agrícolas locales, y a partir de la firma de la paz ahora le apuestan al turismo ecológico.

El viaje inició con muchas expectativas, durante muchos años lo único que escuchaba, leía y veía acerca de este departamento eran noticias relacionadas con violencia, muerte, sangre, dolor, injusticias y terror. Quería conocer este lugar de tantas historias, sabía que detrás de lo que siempre había escuchado, existían otras versiones y otras imágenes, las cuales me interesaba conocer y de paso divulgar.

Llegué a Miravalle junto con mis colegas del equipo implementador de ForumCiv, con el objetivo de evaluar algunos de los procesos que lleva el ETCR, así como de coordinar acciones para iniciar la implementación y acompañamiento de algunos proyectos productivos. En el marco del proyecto Aremos Paz, en conjunto con otras cinco organizaciones de la sociedad civil sueca, y con el apoyo del Fondo Europeo para la Paz, ForumCiv apoya, coordina y acompaña la implementación técnica de algunos de los proyectos productivos que adelantan algunas de las cooperativas del ETCR. Desde esta óptica y con la oportunidad de permanecer en el territorio algunos días, se da la oportunidad de salir de la zona de confort mental en la que la ciudad nos mantiene; El Pato es un lugar indicado para abrir la mente y reconocer nuestra historia desde otras perspectivas, poco visibilizadas en los medios y que allí son narradas por sus habitantes, llenas de detalles y emociones.

Me causó curiosidad el sistema organizacional que manejan en el ETCR; cuando nos asignaron un lugar para dormir me di cuenta de que cada casa cuenta con un espacio designado para recibir huéspedes, lo que permite que cada hogar tenga la capacidad de prestar el servicio de hospedaje en un sistema rotativo. En esto se basa ese sistema participativo y así se designan todas las funciones en el ETCR. El objetivo de estas rotaciones es ser equitativos, pues de esta manera todos y todas tienen la oportunidad de generar ingresos económicos.

Las visitas al territorio son programadas, de manera que cuando llegan turistas, coordinadores de proyectos y demás miembros de organizaciones o colectivos a hospedarse, ya existe una lista en la que a los visitantes se le asigna una casa para dormir y otra para recibir el servicio de alimentación.

Asimismo, el trabajo agrícola también es asignado. En Miravalle hay cultivos de tomate, frijol, caña, plátano y banano, también le apuestan a la porcicultura y a los cultivos piscícolas. Entre los servicios turísticos destacados que ofrecen está el rafting y las caminatas, todo en manos de personas reincorporadas, capacitadas en cada área.

En la falda de la montaña, la comunidad recibe a las personas con el sonido del caudaloso río Pato, con música popular colombiana que viene del bar y con los gritos del partido de fútbol que se juega en la cancha. Desde allí abajo se puede ver el poblado y el camino para llegar hasta este, un camino que inicia desde los pies de la montaña y va hasta la cima. Durante el recorrido se pueden ver algunos invernaderos y los estanques de los cultivos piscícolas. Al superar esta caminata, el recibimiento inicial lo ofrecen los retratos de Manuel Marulanda y Jorge Briceño, retratados en las paredes de una casa.

Estructuralmente el poblado de Miravalle es una calle larga que atraviesa el lomo de la montaña, en donde cada casa es un lienzo artístico, una familia, decenas de proyectos y cientos de historias. Miravalle hace honor a su nombre porque desde cualquier punto de la montaña hay una vista hacia un paisaje verde, dando la impresión de prosperidad.

A pesar de la altura, nada se ve insignificante, desde allí el río Pato sigue ostentando su caudal, la música del bar llega como un eco y se alcanza a percibir la emoción que despierta el partido de fútbol que se juega abajo. Al estar en este mirador los sentidos se agudizan, el aire entra al cuerpo más rápido, más fresco; las pupilas se dilatan, el paisaje desde allí es inmenso, no basta con mirar, hay que observar; la melodía que crean los sonidos de la

naturaleza invade los oídos dejando la mente en blanco, por un momento nada parece importar. Asimismo, desaparece el tacto, es como si el cuerpo entrara en reposo mientras se observa el paisaje. Para volver a sentir los pies en la tierra y acompañar el paisaje, la mejor manera es saboreando un café preparado por alguno de los habitantes del poblado y quizás agregarle una charla amena.



Son tantas las anécdotas de guerra y dolor como las de superación y dicha. Frente a ese mirador me explican cómo esa misma montaña fue un punto estratégico durante la guerra, pues desde allí se tenía un panorama amplio de la zona. Me señalan algunos lugares en donde las bombas habían arrasado con personas, flora y fauna, dejando a su paso huecos en la tierra, rodeados de devastación y cadáveres. Donde yo veía un paisaje inigualable y majestuoso, ellos reconocen su vida plasmada de recuerdos inolvidables, buenos y malos, y la memoria de las tumbas de familiares y camaradas.

Para muchas personas esta sería una buena razón para querer olvidar y no volver a ver estas tierras, pero para las personas reincorporadas de la antigua columna móvil Teófilo Forero, es la razón más fuerte para querer ver prosperar a Miravalle; el arraigo y sentido de propiedad está en cada uno de los habitantes del poblado que afirman tener responsabilidad con este territorio, cuya recuperación pasa también por la recuperación del tejido social, por algo que en ForumCiv hemos llamado (acuñando el término del antropólogo y Comisionado de la Verdad Alejandro Castillejo) la construcción de una paz en pequeña escala.

Evidencia de ello son las múltiples apuestas que están implementando. Una de estas iniciativas surgió desde un grupo de jóvenes, quienes decidieron crear un medio de comunicación llamado “La Magiña”, nombre que, a partir de lo que me cuenta Michel Rojas, miembro del ETCR y comunicadora comunitaria, hace alusión a una hormiga que es muy pequeña y aparenta ser indefensa, pero cuando pica produce mucho dolor. “El medio de comunicación debe ser así”, comenta Michel, “por más pequeño que sea nuestro grupo la información que sale debe ser contundente”.

La noche que estuvimos allí fue acompañada de música “fariana”, unas cervezas e historias de las personas con las que allí compartíamos. Una de estas historias fue acerca de la canción “El barcino” de Jorge Villamil, en la que se habla de un novillo de bella estampa:

“Cuando en los tiempos de la violencia, se lo llevaron los guerrilleros, con “Tirofijo”, cruzó senderos, llegando al Pato y al Guayabero...”

María de los Ángeles, una de las coordinadoras del ETCR, recuerda con gracia haber escuchado renegar a Manuel Marulanda, más conocido como “Tirofijo”, a causa de esa canción. Ella menciona que cuando él la escuchó, aseguró que la historia del barcino había sido una confusión, y que “él era guerrillero y no ladrón”, y que por lo tanto las acusaciones que se hacen en la canción eran infundadas.



Me despidió de Miravalle con la resaca de estar dejando atrás la amabilidad de las personas, el paisaje, la historia y los proyectos, que hacen del lugar una experiencia muy acogedora. Allí la comunidad tiene las puertas abiertas para quien se anime a ir, siempre habrá algo nuevo por aprender o simplemente escuchar. Además, es un excelente destino turístico para salir de la rutina y apoyar estas alternativas de paz y reincorporación.

De este viaje quedaron muchas anécdotas propias y de las personas reincorporadas, pude conocer sueños y miedos de algunos hombres y mujeres, proyectos, grupos e iniciativas que a diario aportan a la #PazEnPequeñaEscala. Desde allí fue más claro reconocer que cada acción que se realiza en cualquier rincón del país cuenta y va sumando en la construcción de paz. Como promesa me queda volver para aprender el baile del cuadrado, vivir la experiencia del rafting y dar seguimiento al proyecto Aremos Paz.